

EL PROBLEMA DE NUESTRA DECADENCIA

I LA FATIGA NACIONAL

Visto y deducido

Viviendo en continua observación y en roce permanente con todas las clases sociales, he podido apreciar con pena que nadie vive bien, y me he preguntado: «¿Qué ocurre en España?» Y tratando de satisfacer mi curiosidad, he visto por todas partes síntomas alarmantes de un mal estar crónico que se agudiza: puñaladas, hambre, prostitución, cobardía, robos, suicidios, guerras...

Estos desórdenes objetivos revelan un trastorno íntimo de la nutrición social, porque sólo por trastornos nutritivos enferman los individuos y los pueblos: estos desórdenes revelan que somos un pueblo hambriento, sin fuerzas para reaccionar contra su hambre, falta de reacción indicadora de un agotamiento grandísimo de las energías vitales, por causa de fatiga funcional generalizada.

La doble fatiga

El pueblo español padece vana y surmenaje, fatiga física e intelectual. ¿Será pasajera o será eterna esta doble fatiga? ¿Estamos quizás agotados? Según Jacoby, las naciones se agotan por la producción, como los terrenos no estercolados, y España ha producido mucho; para Tardieu, el agotamiento es la causa principal de aburrimiento, y el aburrimiento, ese polimorfismo morboso colectivo, tiene hondos raíces en esta nación superficialmente dichosa. Históricos y neurasténicos, neurópatas y degenerados de toda índole, pueblan el suelo español. Vivimos en un bosque continuo y sólo tenemos un encogimiento de hombros para la desventura del agobio abrumador. Todas las psicosis de presivas y amodorrantes han prendido en el alma nacional. Estamos aburridos porque somos tristes, y somos tristes por haber sentido demasiado. Ya lo dijo Larson: el sensible es triste. La sed de ser, para emplear la bella frase de Rubio que tanto entusiasmo a Unamuno, parece que ha huido de nosotros para siempre.

Estamos fatigados, profundamente fatigados. Acaso no sea la nuestra la fatiga aguda de los trabajadores excesivos, aquella santa fatiga que en lo físico se traduce por la acumulación de ácido láctico y de toxinas en la trama del tejido muscular, y en lo intelectual por un aumento en la desasimilación de las células cerebrales con acumulación de desechos nutritivos; pero indistintamente es la fatiga crónica, agotadora e idiotizante de los hambrientos, de los lujuriosos, de los inactivos, de los tristes, de los degenerados y de los inadaptables.

El hambre y la lujuria

España es un país de estómago contraindicado por el hambre. Según Moleschott, un hombre adulto debe consumir diariamente por término medio 130 gramos de albúmina, 84 de grasa, 404 de fécula, 30 de sales y tres litros de agua. Análogos resultados arrojan los cálculos de Vierordt, Gautier, Rancke, Collin y toda la legión de fisiólogos experimentales. Y a estas cifras inalterables responde la observación de nuestras clases modestas con un déficit bochornoso. Los obreros españoles hacen casi siempre su balance nutritivo con ración insuficiente, y por eso les vemos arrugados y envejecidos en plena juventud, sin grasa apenas entre los intersticios de sus tejidos, secos y angulosos como espectros descañados. No ingieren lo que debieran ingerir, y como tampoco son histéricos para encontrar bienhechoras crisis de abstinencia que les permitieran un gran retardo de sus combustiones intraorgánicas, viven una vida igualmente intensa que los hombres

bien alimentados, y la viven a expensas de la substancia formadora. Se comen a sí mismos, frase terrible que hiela en el corazón todos los entusiasmos optimistas. Tal vez tuviera algún remedio situación tan angustiosa, si no fuera porque los médicos e higienistas municipales no sirven para nada. Después de haber enunciado Chauveau su ley inmortal—la glucosa es el alimento exclusivo del trabajo muscular—y probada por millares de experiencias la utilidad de las sustituciones alimenticias en los racionamientos de los motores animales, es imperdonable que se le deje al trabajador misero comer lo que le sugiera su instinto rudimentario y no se le confeccionen por los inteligentes capaces de cumplir sin dispendio su doble papel de alimentadores del individuo y productores de fuerza muscular. En este punto vitalísimo han sido más afortunados las bestias. Todos los grandes zootecnistas—Cornevin, Sanson, Baron, Dechambre—preocupándose enormemente de la relación nutritiva, han conseguido hallar fórmulas alimenticias para los diversos animales domésticos, favoreciendo a las empresas explotadoras, como la Compañía de Omnibus de París, con el máximo de rendimiento del trabajo animal a expensas del mínimo de gasto alimenticio útilmente aprovechado. Por el contrario, aun después de los brillantes resultados que obtuvo el doctor Geitenstorfer durante las maniobras imperiales alemanas, nadie oyó la voz altruista que vaya pidiendo por el mundo entero azúcar para alimentar a los trabajadores, y todos vemos imposibles que sigan laborando nuestros pobres compatriotas del campo, de la mina y de la fábrica, a cuenta de su glucógeno y su albúmina plásticas. Trabajarán, sin duda, mal y poco, mas yo aseguro que se fatigan muchísimo, con fatiga aniquiladora y adormecedora, con una terrible fatiga, que el químico nos explica encontrando en las excretas de los así fatigados mucho carbono y mucho nitrógeno excedentes.

España es un país deformado por la lujuria. El sentido genésico se desarrolla en nuestros adolescentes mucho antes que el sentido común. Los niños de hoy, esos niños melancólicos de ojos apagados y ojeras encendidas, trotan como potros en libertad por los campos escabrosos del goce solitario, rehuyen el gimnasio que es profundo creador de cuerpos fuertes y almas sanas, y se lanzan a ciegas en busca de sensaciones perversamente agradables que les conducen con rapidez extraordinaria al agotamiento nervioso. Estos niños sorprendidos en el desamparo de su pubertad por una literatura cínica, que confiesa por boca de su padre Felipe Trigo la parte de mercantilismo ruin que ingresa en su nota erótica, y por unas costumbres tan mojigatas públicamente como repulsivas en la vida privada, no encuentran apetecible la gran gimnasia cerebral de las matemáticas ni los gozos sanos de la belleza natural, y esclavos del farrago literario y del medio ambiente en que se desarrollan, sacuden sus nervios con emociones demasiado vivas para su edad, llegando a la vida plena con la lesión inicial irreparable que en su sistema nervioso causó ese vicio prematuro, artificialmente creado casi siempre, que agotó los nervios cuando el niño de bautizar rigurosamente con el nombre de sed de amor. Somos un pueblo intrínsecamente lujurioso. La lujuria española se marca en la conversación particular, en las indecorosidades del florero callejero, en el lenguaje villano de todas las clases sociales, en los atrevimientos inauditos de los tenorios de guardarrropía, y en doscientos millones más de detalles que nadie ha dejado de obser-

var y que todos aportan descodadamente. Se piensa en lujurioso, se habla en lujurioso y se vive en lujurioso, y las generaciones se suceden haciendo lo que ven hacer y aficionándose a la vida en que ven vivir. «Lo que nosotros pensamos—ha dicho Lewes—depende en gran parte de lo que otros han pensado.» El pensamiento es una función colectiva más bien que individual. Hay un medio hecho que influye sobre el individuo y hay una predisposición natural al conocimiento, que es hijo de la herencia acumulada por las generaciones pretéritas. ¿Qué tiene, pues, de extraño que nuestros niños se infecten en un medio lujurioso, y se adapten a su lujuriosa predisposición hereditaria los primeros años de su vida en desarrollo? Y no se me diga que si en París, que si en Roma, que si en Londres... Hablo de España, porque en España ocurre esto, y porque no conozco más que a España. La inmensa mayoría de los jovencitos españoles están agotados nerviosamente por la lujuria, y este agotamiento es la causa de otra honda fatiga, mixta de afectiva e intelectual, que forma a los individuos apáticos e inservibles para todo esfuerzo prolongado.

La inactividad y la tristeza

España es el país de los ricos holgazanes. Todo el que aspira a enriquecerse lo hace por odio al trabajo. Asegurar una renta cómoda y una digestión sin turbulencias, es el ideal de nuestra despreciable burguesía mesocrática y de cualquier ciudadano netamente español. Yo no conozco la historia, yo ignoro el contenido de ese código recopilador de las monstruosidades y estupideces humanas, y no sé como serían los españoles de otros siglos; pero sí sé que los españoles del siglo actual son hombres que aspiran a la consecución de un bienestar llovido del cielo, que trabajan lo menos posible para lograrlo, y que aquellos contadísimo que lo logran se asocian inmediatamente a la caterva de gándules honorables que viven de sus rentas. Se ama mucho más entre nosotros la santa inactividad que el Dios de los cielos y tierra. Y esta inactividad en que se sume voluntariamente quien puede hacerlo, es otra de las plagas nacionales. La inactividad física produce la obesidad, y llena de artritis nuestras ciudades, la inactividad intelectual desarrolla la hipocandria y el histerismo. Y una y otra, juntas o separadamente, engendran también una fatiga crónica que podría llamarse enfermedad de los tenderos enriquecidos y de las mujeres desecadas.

España es un país fundamentalmente triste. Las carcajadas de pandereta y colorido conque nos disfrazamos para andar por casa, encubren también nuestra tristeza intrínseca, como la levita reluciente encubre las necesidades orgánicas de los hambrientos de alta categoría. Si a veces conseguimos engañar a los extraños, no conseguimos engañarnos nunca a nosotros mismos. Somos tristes, y esta tristeza nuestra, que tiene pocos matices y se presenta con una monotonía abrumadora, nos produce un agotamiento nervioso grandísimo y una rápida fatiga. No variarnos lo conveniente para renovar las sensaciones, vivimos casi siempre igual, y esta pena sin alegría es más devastadora que una mortífera epidemia. Miente Epicuro cuando dice que el placer tiene de encantador únicamente la privación del dolor; miente Petrarca cuando afirma que «mille placent, non vagliono un tormento»; miente Schopenhauer cuando sostiene que la felicidad es un sueño y el dolor una realidad. Ni el dolor ni la alegría son buenos o malos en sí; lo son porque varían nuestras sensaciones, porque mantienen la vida en alternativas que la hacen destacar vigorosa. Si somos desventurados por estar siempre tristes, igualmente lo seríamos por estar siempre alegres. Pocas personas suscribirían hoy con el pastor de

Hermas, quien, según el extracto que de sus obras hizo el doctor Donaldson, afirmó que la tristeza debe ser completamente desterrada para colocar la alegría en lugar suyo. En cambio, qué profunda observación psicológica encierran estos dos versos que recita el príncipe Enrique, de Shakespeare:

If all the gear were playing holidays
To sport would be as tedious as to work,

los cuales quieren significar, generalizando el caso, que para tener conciencia de las cosas es preciso cambiar de impresiones. Nuestra sabiduría popular expresó también lo mismo cuando dijo que en la variación está el gusto. La monotonía del placer lleva precipitadamente hacia el aburrimiento. Para gozar es preciso haber sufrido. El dolor es necesario en la vida. La consecución de la dicha absoluta pondría en nuestras manos un revólver. Con justicia niega Bain que el reposo de Adán y Eva en el Paraíso pudiera ser absoluto. Los choques pasionales, la intranquilidad de la vida accidentada, las grandes luchas que conmueven a las sociedades, son los más poderosos alicientes del vivir espléndido y bello. Todos los grandes sentimientos han sufrido más que han gozado. Heine llora en sus versos y Cervantes ríe lágrimas en su prosa. El reposo es apetecible después de la fatiga, el agua después de la sed, los manjares después del hambre; pero nada hay más vano y menos placentero que reposar sin cansancio, beber sin sed o comer sin hambre. Y si esto es así, ¿qué no tendrá de agotadora y fatigante la repetición matemática y perenne de nuestra tristeza nacional, encubierta a ratos por carcajadas que parecen una parálisis agitante?

Degenerados e inadaptables

España es un país repleto de degenerados. «Es desconsoladora, increíble por su enormidad proporcional, la cifra de criminales que no lo parecen por inaccesibles a la justicia; de locos que van tirando como cuerdos por no ser aun certificable su locura; de suicidas que no creen serlo por no advertir que se están matando; de jugadores que, por disimular su vicio, lo elevan a público oficio; de prostitutas que, con venderse con intrínseca tramitación, no se reputan vendidas, y en fin, de toda suerte de falsificadores de su obligación, por sagrada que ésta sea, a quienes la sociedad considera y respeta como buenos a sabiendas de que obran mal, sólo porque les ve consumados artistas en el difícil arte de hacerse premiar en honores y dignidades, actos y desafueros que tienen señalada como justa sanción un presidio.» Así habló el gran español don José de Letamendi hace más de veinte años, y así podemos continuar hablando aún todos nosotros. La degeneración se apodera del mundo, y con ser muy temibles los degenerados que van pregonando quienes son con sus estigmas psíquicos y físicos, aun lo son más esos otros que ocultan al mismo tiempo de simuladores. «Degeneración, decía Morel en su brillante estudio, es la desviación morbosa del tipo normal de la humanidad.» ¿Y quién puede decir hoy que vive dentro del tipo fisiológico? ¿A qué mediano observador se le ha escapado que desde el degenerado superior de Magnan hasta el pobre bestia idiota hay una escala de individuos anormales que viven en el mundo y por él pasean su falta de equilibrio y la desarmonía de sus facultades? España no ha podido escapar a este gravísimo inconveniente de la vida moderna, y por eso se advierte a cada paso esa otra variante de la fatiga, agravada continuamente por la transmisión de las locuras hereditarias, que podría denominarse fatiga abúlica y afectiva de los degenerados.

España es un país donde la adaptación de las energías cerebrales a la vida vertiginosa y febril de las sociedades contemporáneas ha hecho resaltar un número enorme de inadaptables. La batalla que actualmente se está librando en las naciones cultas es de selección intelectual y causará enormes víctimas. Clarividentes pensadores se han ocupado de ella. «Lo-

das las señales, dice Letamendi, son de que hemos entrado de lleno en un período de selección y de adaptación cerebral, el más grave, agudo y laborioso que la historia del linaje humano registra.» «La falta de una jerarquía que ponga a cada uno en su lugar y limite su labor, escribe Marfán, ha dado un campo vastísimo a la ambición, que es un sentimiento laudable y fecundo; pero también una de las causas más poderosas del «surmenage» mental, cuando no está en relación con el valor intelectual y moral.» «Al principio, advierte Mosso, los libros sirvieron para ayudar la memoria y suplir la tradición de padres a hijos, y fueron un excelente descubrimiento; pero se ha ido más allá del objeto, y hoy la escritura y los libros, lejos de ser un instrumento de reposo para la memoria, son unas de las más poderosas causas de fatiga de la inteligencia y un instrumento de tortura para el cerebro humano.» Pues si esta batalla por adaptarse al medio es tremenda en todos los pueblos, se deja sentir mucho más en aquellos que, como España, no tienen preparación suficiente y bastante resistencia para recibir sin mella las consecuencias de esta lucha brutal, derivada casi exclusivamente de las aplicaciones que, como corolario del enorme progreso de las ciencias, se han hecho a la vida real y muy especialmente de la fiebre crudiiva, del vértigo automovilista y de la falsificación quinquiesenciada.

Conclusión

Indudablemente existen otras muchas causas de nuestra fatiga e indiferentismo crónicos, la falta de espíritu religioso no sería la menos importante; pero no quiero entretenerme en desmenuzarlos. Lo que he dicho basta. Estamos fatigados porque no vivimos bien y porque somos individuos anormales. Inyecciones de albúmina y glucógenos, besos de sol, caricias de aire puro y halagos del buen sentido constituyen acaso la fórmula compleja más adecuada para curar nuestras dolencias, y debemos procurar muy pronto los medios de aplicarla, si no queremos gritar, entristecidos, parodiando una frase famosa de Nietzsche: «Quiero decir dónde está España. ¡Ya hemos matado, vosotros y yo! Todos somos sus asesinos.»

F. Gordón Ordás.

El Sr. Lerroux y la amnistía

Nuestro querido jefe, D. Alejandro Lerroux, conferenció ayer tarde con el señor Canalejas, tratando de la petición que hizo en la sesión del viernes para que se diera una amplia amnistía que comprenda los delitos políticos y los de imprenta y para que se conceda también un indulto para los prófugos del Ejército.

El presidente del Consejo, atendiendo a las justas razones del jefe del partido Radical, le contestó que no se opone a esa amnistía; pero que ha de contar para esto con la actitud de las diferentes fuerzas parlamentarias y que, de no oponerle obstáculos insuperables, lo cual no espera, presentará el oportuno proyecto de ley, porque sus intenciones y su inclinación son las de la mayor benevolencia.

En lo concerniente al indulto de prófugos, dijo el Sr. Canalejas a nuestro jefe que el general Aznar estudia el medio de concederlo, pero incorporándolo a la ley del servicio militar obligatorio.

La petición del Sr. Lerroux ha sido acogida en América con gran júbilo, del que da una sucinta idea el siguiente cablegrama que hemos recibido:

«RADICAL.—Madrid.—El discurso de Lerroux pidiendo amnistía e indulto para los prófugos ha causado gran júbilo. La Prensa elogia al jefe y la Federación Republicana aplaude entusiasmada tan nobles gestiones.—CUADRADO.»

En segunda plana

El convenio hispanomarroquí.

LAMENTOS del Vaticano

Merry del Val indignado por la tibieza de los creyentes

ROMA, 20. El secretario particular del Papa ha dicho a varios católicos que le extrañaba el silencio de los obispos y del orbe de los creyentes ante las ofensas dirigidas por el alcalde de Roma, Ernesto Nathan, hijo natural de Mazzini, contra Pio X y la Iglesia romana.

Al fin han roto el silencio impío los obispos de la católica Hungría, consolando el corazón lacerado del Santo Padre.

El arzobispo húngaro, cardenal Kolós-Vassay, acaba de enviar al Papa una carta-protesta contra las frases del alcalde librepensador, en nombre del consistorio episcopal reunido solemnemente para este fin.

Merry del Val no duda que el universo imitará el piadoso acto de los católicos húngaros.



El Sr. Canalejas dijo ayer al terminar su discurso:

«Con todo el que hable en serio discutirá, y el que tome a broma estos problemas no merece y no logrará el honor de mi respuesta.»

Confieso mi ignorancia. Yo no sabía que la respuesta del presidente del Consejo fuese un «honor», y mucho menos ese odio «africano» que siente el Sr. Canalejas hacia los bromistas. Tenía yo antecedentes de la acción del presidente a la chanza, y si no estoy trascorrido, me parece que no ha mucho tiempo le gastó una «chufa» a D. Julio Burell. ¿No recuerdan ustedes?

D. Julio Burell esperaba en su domicilio aviso del jefe del Gobierno para ir a Palacio a jurar el cargo de ministro. ¡Podemos figurarnos la ansiedad de D. Julio Burell! En aquel momento, D. José Canalejas llama por teléfono y se entabla el siguiente diálogo:

—¿Es usted Burell?

—Sí, señor presidente.

—Pues bien, desnúdese, desnúdese; ya no es usted ministro.

—¿Cómo? ¿Qué dice usted?

El presidente lanza una carcajada, y añade:

—¡Vaya una bromita que le he gastado! Tiene mucha gracia, ¿verdad?

Conociendo esta anécdota, alguien creería que el Sr. Canalejas era un amigo de la broma. ¡Gran equivocación! El presidente no responde a quien habla en broma... ¡No faltaba más! ¡Hum!

Pues bien; muy en serio, aun cuando no tengo a honor la respuesta del presidente, he de poner algún reparo a su discurso.

Dijo:

«...pretender descartar del ser humano toda convicción y sentimiento religioso, es una locura, porque no está en la realidad; eso es imaginar un hombre nuevo.»

Sí, señor; es preciso ese hombre nuevo irreligioso, y a ello tendemos, y no es una locura tal tendencia. No, Sr. Canalejas; no queremos hombres anticatólicos, ni antianglicanos, ni antifetichistas; queremos hombres irreligiosos, libres de todas esas estúpidas creencias en lo sobrenatural; deseamos hombres que entren a saco en los templos de todos los ritos y propinen puntapiés tan fuertes al sacerdote católico como al pastor anglicano.

Esto lo digo en serio, sin esperar el honor de la respuesta.—JAVIER BUENO.

DEL GÉNERO ÍNFIMO.—PRÍNCIPE ALFONSO

(Caricaturas de MARCO)



RESURRECCIÓN QUIJANO



LA ARGENTINITA

Ayuntamiento de Madrid



PAQUITA ESCRIBANO

EL CONVENIO HISPANO-MARROQUÍ

He aquí el documento leído ayer en el Congreso.

El ministro de Estado de su majestad católica y el ministro de Negocios Extranjeros, de Hacienda y Obras Públicas de su majestad marroquí, debidamente autorizados, convienen en las siguientes estipulaciones, con objeto de poner término a las dificultades suscitadas en las regiones limítrofes de las plazas españolas, así como de facilitar y asegurar el cumplimiento de los tratados en lo que se refiere al orden, sosiego y desenvolvimiento del tráfico mercantil en dichas comarcas:

I

Ambos Gobiernos consideran, en primer término, que el régimen que habrá de ponerse en práctica se basa en los acuerdos anteriormente estipulados entre ellos a este respecto; acuerdos que se completan con las disposiciones que a continuación se expresan:

Disposiciones concernientes a la parte ocupada del Rif y a las vecindades de Alhucemas y Peñón de Vélez.

II

El Majcen confiará al bajá del campo de Melilla, previsto por el art. 5.º del Convenio de 5 de marzo de 1894, las funciones de alto comisario para concertarse con un alto comisario español, a los efectos de la ejecución de los Convenios de 1894 y 1895 entre ambos países. El alto comisario marroquí será investido, sin dilación, de los poderes necesarios para el ejercicio de sus atribuciones y facultades de la facultad de proponer, previo acuerdo con el alto comisario español, el nombramiento y renovación de los caides y demás funcionarios marroquíes de la región ocupada y de las kabilas de Tamsaman, Beni-Urriagel y Bokkoia. Si la experiencia demostrase la necesidad de extender esta facultad a la kabila de Beni-Iteff, así se hará de común acuerdo entre los dos países.

Una vez que el régimen consignado en los Convenios se aplique íntegramente y en términos que correspondan a los comunes intereses de ambos Gobiernos y una vez que las tropas españolas evacúen el territorio en las condiciones más abund estipuladas, las atribuciones de los altos comisarios español y marroquí quedará determinadas por el párrafo primero de este artículo.

III

En atención a las nuevas necesidades, la fuerza marroquí prevista por los tratados se aumentará a mil doscientos cincuenta hombres; se organizará con el concurso de instructores españoles, en armonía con el reglamento de la Policía de los puertos; ten-

drá cuatro marroquíes; será autónoma; dependerá directamente de los altos comisarios español y marroquí, que le transmitirán sus decisiones por medio del instructor español correspondiente e informarán al mismo tiempo de ellas a las autoridades marroquíes; se pagará con el producto de la Aduana de Melilla y de las contribuciones e impuestos de las tribus de las regiones indicadas en el artículo anterior.

La organización se llevará a cabo en el territorio ocupado. Tan pronto como esté organizado un primer contingente de 200 hombres, se enviará a las vecindades de Alhucemas y tan pronto como haya otro igual, se enviará a las vecindades del Peñón. A medida que se aumente el resto del efectivo de la Policía del Majcen, organizada conforme a los principios antes indicados, las tropas españolas que ocupan una parte del Rif irán disminuyendo. Cuando dicha fuerza del Majcen llegue al efectivo mencionado de 1.250 hombres y cuando se la juzgue capaz de velar por la ejecución de los acuerdos entre los dos países, de mantener la seguridad, de facilitar las transacciones mercantiles y, en fin, de hacer seguro el cobro de los impuestos y contribuciones, las tropas españolas se retirarán a los límites del territorio español.

IV

El presupuesto de la Policía antes aludida se formará, de común acuerdo, por los dos altos comisarios, y será sometido a la aprobación de su majestad católica. El Gobierno de su majestad católica sufragará los primeros gastos de instalación de la Policía y los que su sostenimiento pudieran irrogar, conforme al presupuesto, hasta que empiecen a percibirse los ingresos previstos en los artículos siguientes, siempre que el coste total de lo que sea menester adelantar no exceda de un millón de pesetas. De esos gastos será reintegrado el Gobierno español en un plazo de trece años con los rendimientos de la Aduana de las vecindades de Melilla y en esta forma:

Los tres primeros años el Majcen satisfará únicamente un interés de 3 por 100 anual, pagadero por semestres vencidos; cada uno de los diez años siguientes abonará, además de ese interés de 3 por 100 anual, una suma de 100.000 pesetas. La deuda de que se trata tiene, en lo que se refiere a los rendimientos de dicha Aduana, carácter de preferente sobre cualquier otra.

V

Su majestad marroquí reinstalará la Aduana en las vecindades de Melilla. El emplazamiento de los puestos de que se compone la línea aduanera se efectuará de común acuerdo por los altos comisarios español y marroquí, y los derechos que se perciban no serán otros ni más altos que en cualesquiera otras fronteras del Imperio. El Gobierno de su majestad católica pondrá

a disposición del de su majestad marroquí un empleado del Cuerpo pericial español de Aduanas, con objeto de que intervenga en el aforo de las mercancías, percepción de los derechos, contabilidad, etc. Será nombrado por los dos altos comisarios, y su nombramiento participará al Majcen. Los umana y adules serán nombrados y relevados por su majestad marroquí. Para cada nombramiento, el alto comisario español le presentará una lista de cuatro individuos, formada de acuerdo con el alto comisario español. Así aquellos como el interventor español percibirán sus haberes con cargo a la renta de la Aduana.

VI

Para el desarrollo de la prosperidad de la comarca, así como para el objeto a que se refiere el art. 3.º del presente acuerdo, se favorecerá el establecimiento de mercados en los lugares de las regiones mencionadas en el art. 2.º, donde los altos comisarios lo estimen oportuno, percibiendo los derechos que se fijen de común acuerdo. Los impuestos Zekkat y Achur se cobrarán según la regla aplicada en el Imperio marroquí.

La recaudación de los impuestos y recursos del Majcen se efectuará por los umana y caides, con ayuda de un funcionario español, mientras no haya terminado la evacuación. En cuanto a los gastos de administración del territorio, tales como haberes del alto comisario marroquí, de los umana y otros, se sufragarán con los ingresos dichos. Su total será objeto de una cuenta que se enviará al Majcen y el remanente se entregará al Tesoro marroquí.

Disposiciones concernientes a las vecindades de Ceuta.

VII

El Gobierno de su majestad marroquí se compromete con el de su majestad católica, en razón a las relaciones de buena amistad y vecindad entre los dos países, a no construir fortificaciones, emplazar artillería, realizar obras o trabajos estratégicos o situar fuerzas en cualquier punto que pueda constituir un riesgo o amenaza para Ceuta, así como a evitar que otros lo hagan.

VIII

El caid, previsto por el último párrafo del art. 4.º del Convenio de 5 de marzo de 1894, será nombrado en las condiciones establecidas por el art. 5.º del mismo pacto respecto al bajá del campo de Melilla, o sea:

El nombramiento recaerá en quien, por sus condiciones especiales, ofrezca garantías suficientes para mantener las relaciones de buena armonía y amistad con las autoridades de la plaza y campo de Ceuta. De su nombramiento y cese deberá el Gobierno marroquí dar previo aviso al de su ma-

jestad católica. Dicho caid podrá por sí mismo resolver, de acuerdo con el gobernador de Ceuta, los asuntos o reclamaciones exclusivamente locales, y, en caso de desacuerdo entre ambas autoridades, se someterá su resolución a los representantes de las dos naciones en Tánger, a excepción de aquellos que por su importancia exijan la intervención directa de ambos Gobiernos. Dicho caid gobernará sólo el trozo de la región fronteriza de Ceuta comprendido entre la zona neutral de un lado, y de otro los ríos Rmel y Lili, una línea de la Cudia de Ain Xixa a la de Ain Yir, el camino del zoco el Telata hasta su intersección con el río Laimund y después este río, que toma los nombres de Mufak, Menzila y Fenidak, hasta su desembocadura. La línea queda indicada en tinta azul en el plano anejo a este acuerdo.

IX

La fuerza prevista por el último párrafo del art. 8.º del Convenio de 5 de marzo de 1894 será de 250 hombres bajo el mando del caid antes mencionado. Este fijará los puntos entre los que ha de repartirse. Para ayudar a la organización de esa fuerza, se acordará asegurar el orden y la tranquilidad y la libertad de las transacciones comerciales en la comarca puesta bajo el gobierno de dicho caid, el Gobierno de su majestad católica pondrá a disposición de su majestad marroquí un capitán, un teniente y cuatro sargentos, cuya designación será sometida al beneplácito del sultán. Un contrato entre dichos oficiales y sargentos y el Majcen, en términos análogos a los fijados por el art. 4.º del Acta de Algeciras, determinará las condiciones del compromiso de los oficiales y sargentos mencionados, y fijará sus haberes, que no podrán ser inferiores al doble de los que disfrutaban en su país. El Gobierno de su majestad católica se reserva el derecho de nombrar y sustraer por otros, sometidos al beneplácito de su majestad marroquí y con contratos en las mismas condiciones. Las facultades de los oficiales y sargentos españoles serán las que marca el art. 4.º del Acta de Algeciras.

X

El presupuesto de la fuerza que acaba de mencionarse será formado por el Majcen, ajustándose al que sirva para el Rif. En el millón de pesetas a que se refiere el art. 4.º de este acuerdo, se entenderán también incluidos los primeros gastos de dicha fuerza.

XI

Una vez creada la Aduana de Melilla y cuando el Gobierno de su majestad católica, en armonía con el art. 5.º del Acta de Algeciras, lo pidiera, su majestad marroquí establecerá en la frontera de Ceuta y en el lugar que de común acuerdo se fije, una Aduana donde se cobrarán los mismos dere-

chos de importación y exportación que en los puertos. Los ingresos de dicha Aduana se dedicarán primeramente, en todos los casos, a los gastos de su administración, al pago de los haberes del caid mencionado en el art. VIII del presente acuerdo y demás funcionarios, y al sostenimiento de la fuerza prevista en el art. IX.

Para ayudar a su majestad marroquí en la organización y buena administración de esa Aduana, el Gobierno de su majestad católica pondrá a su disposición a un empleado del Cuerpo pericial español de Aduanas, que intervendrá en el aforo de las mercancías, percepción de los derechos, contabilidad, etc., durante todo el tiempo que ha de durar el reembolso de los gastos militares y navales del Rif. Si por efecto de la creación de la Aduana de Ceuta se produjera con persistencia en los ingresos de las Aduanas de Tetuán y Tánger una baja que pudiera afectar a los intereses de los tenedores de los empréstitos de 1904 y 1910, el Majcen, de acuerdo con el Gobierno español y de concierto con los expresados tenedores, examinará si y en qué medida al producto de dicha Aduana de Ceuta debería contribuir a compensar la baja.

XII

Mientras la Aduana de Ceuta no produzca rendimientos suficientes para el sostenimiento de la fuerza a que se refiere el artículo IX del presente acuerdo, su majestad marroquí proveerá a la diferencia.

Disposiciones concernientes al pago de gastos hechos por España.

XIII

En atención a las circunstancias económicas del Imperio marroquí y como testimonio del interés que el bienestar del mismo le inspira, el Gobierno de su majestad católica sólo reclama 65 millones de pesetas por los gastos militares y navales hechos en el Rif hasta 31 de octubre de 1910; por los gastos militares y navales efectuados a consecuencia de los sucesos de Casablanca en 1907, y por los sucesos prestados a los moros y hebreos refugiados en Melilla desde 1903 a 1907. El Gobierno de su majestad marroquí se compromete a pagar durante setenta y cinco años la suma anual de pesetas 2.545.000.

El pago quedará garantido, en concepto de preferente: Primero, con el 55 por 100 de los impuestos y contribuciones por el reglamento minero a que alude el art. 112 del Acta de Algeciras, que correspondan al Majcen; segundo, con el remanente de los productos de la Aduana de Ceuta.

XIV

El importe de las contribuciones mineras que, según el reglamento previsto en el artículo 112 del Acta de Algeciras, hayan de satisfacerse por los contribuyentes median-

te entregas en el Banco de Estado, ingresarán en éste; pero el ministro de Hacienda de su majestad marroquí expedirá instrucciones al efecto de que el 55 por 100 de la parte del Majcen se incluya en una cuenta especial a la disposición del Gobierno de su majestad católica, sin que en ningún momento y por ningún motivo el Majcen ni el Banco de Estado puedan retener en todo ni en parte los fondos en cuestión. Un delegado español en el servicio minero, que en la administración del mismo, a examinar los registros de peticiones, concesiones, transferencias, declaraciones de caducidad, etcétera, a coleccionar con la cuenta especial en el Banco de Estado y a provocar que quien corresponda tome las medidas autorizadas por el reglamento minero para conseguir el pago por los contribuyentes.

Dicho delegado comunicará al Majcen los nombres de los agentes que el Gobierno de su majestad católica designe para el cobro de la parte correspondiente a éste en los demás impuestos y utilidades mineras del Estado español, las atribuciones de esos agentes se fijarán, de común acuerdo, entre los Gobiernos de su majestad católica y de su majestad marroquí al promulgarse el reglamento de minas, previsto por el art. 112 del Acta de Algeciras y en armonía con el mismo.

Si en el transcurso del año el producto de los recursos dichos llegase a bastar para el pago de la anualidad, el excedente ingresará, desde luego, en el Banco de Estado, a disposición del Majcen.

XV

En caso de que el Gobierno marroquí viniera a satisfacer anticipadamente todo o parte de sus deudas con el Gobierno español, se enablarán, al efecto, negociaciones entre los dos Gabinetes.

XVI

En los gastos a que se refiere el art. XIII del presente acuerdo no está incluido el millón quinientos mil pesetas a que ascienden las mejoras hasta ahora introducidas en el territorio ocupado, y que serán a cargo del Majcen, no oponiéndose éste a que pueda ser satisfecho el importe con fondos de la naturaleza de los previstos en el último párrafo del art. 66 del Acta de Algeciras, por lo que concierne al Rif.

En fe de lo cual los infrascritos han extendido este acuerdo, redactado en los idiomas español y árabe y lo han firmado en Madrid, a diez y seis de noviembre de mil novecientos diez, de la era cristiana y trece Di El Kaada el Haram 1328 de la égira.

Manuel García Prieto (Firmado).
Firmo este acuerdo a reserva de la aprobación del Majcen marroquí, acordando ambas partes fijar un plazo de dos meses para esa aprobación. Mohamed El Mokri, que Dios le asista (Firmado).

IDEAS Y OPINIONES

LAICISMO ESPAÑOL

El eminente historiador francés M. Aulard publicó hace días en «Le Siècle» de París el siguiente artículo, sobre la labor y la personalidad de nuestro querido amigo el diputado radical por Zaragoza Sr. Albornoz.

La importancia de los juicios que emite el notable escritor francés y la simpatía con que trata a nuestro amigo, nos inducen a reproducir el artículo.

Helo aquí:
He leído con mucho interés en *El Pueblo*, periódico republicano de Valencia, el discurso que acaba de ser pronunciado en el actual debate parlamentario por Alvaro de Albornoz, el joven diputado por Zaragoza. ¿Su color político? Es lo llama, en este discurso, radical, ultraradical. En realidad, es un republicano socialista.

La lectura de su discurso es muy instructiva para un francés que quisiera darse cuenta de las diferencias que existen entre un laico o librepensador español y un laico francés, así como de los aspectos en que uno y otro se semejan y de los puntos en que convienen.

Desde las primeras palabras se ve que el republicano español es un discípulo político de los republicanos franceses. En su discurso, en una especie de exposición histórica del problema que va a tratar, habla de Gambetta, de Jules Ferry, de Waldek-Rousseau, de Henri Brisson. Literariamente, Albornoz es uno de los nuestros; su elocuencia, que, leída, tiene mucho encanto, es la de un hombre que ha estudiado y meditado a los oradores de la tercera República francesa.

Pero en seguida se advierte que este laico, que tan gallardamente enarbola la bandera del laicismo en la tribuna española, no es un laico a la manera de los republicanos franceses de 1910, sino más bien a la de los padres o abuelos de estos republicanos, en cierto modo al de Robespierre y de muchos hombres de la Revolución.

«Laico», dice, no se opone a religioso; laico se opone a eclesiástico», Alvaro de Albornoz es anticlerical, no antirreligioso. Es un hombre de Dios, si yo lo comprendo bien, como el combate la ambición de la Iglesia romana, y busca en el verdadero Evangelio, como nuestro Juan Jacobo, como Robespierre, la verdadera religión que reformará a España y que ha reformado ya a una parte de la humanidad.

Es el espíritu cristiano que, por Lutero, ha fundado este revolucionario sociedad moderna, lo que este español canta con el tono de Lucrécia celebrando a Epicuro, y lo que en su gratitud asocia, un poco extrañamente, a los nombres de Diderot, Mirabeau, Rolland, Tallevrand y Lakanal.

La escuela nacional laica que pide para España, el Gobierno se la niega, alagando el sentimiento religioso del país. ¿Pero España—objeto Albornoz—es un país religioso? Un país creyente, tal vez; un país fanático, supersticioso, propenso cuando menos al fanatismo y a la superstición, indudablemente; un país religioso, no.

El orador no puede comprender que los conservadores españoles utilicen como argumento contra los republicanos la religión. No se puede ser a la vez, dice, conservador y religioso. «Cuando se es religioso, se es revolucionario. No hay movimiento religioso alguno, desde los tiempos del cristianismo a la reforma protestante, que no haya tenido una trascendencia, una repercusión revolucionaria, y no hay movimiento revolucionario que no haya tenido una alta, una profunda significación religiosa. Las religiones se producen siempre en el ambiente de las sociedades corrompidas en que nacen, como una protesta contra el egoísmo conservador».

Si yo me doy bien cuenta de su pensamiento, la escuela laica que pide Albornoz será religiosa, porque será revolucionaria, y revolucionaria, porque será religiosa.

La escuela laica, es decir, nacional, es más indispensable en España que en Francia, porque en España el espíritu nacional está casi por hacer. «Somos», dice el diputado republicano por Zaragoza, somos el pueblo individualista por excelencia; lo que nos distingue y caracteriza es un individualismo bárbaro, un individualismo salvaje. Es un prodigioso individualismo andrúgico el que ha inspirado las dos más grandes creaciones literarias de España, a saber:

Don Quijote y *Don Juan*. España, dice, es un país sin tradición política, sin verdadera unidad nacional; sólo la escuela laica podrá crear esa tradición, formar esas unidades.

Si abomina de la lucha de clases, de la inevitable lucha de clases. Es la escuela laica, social, la que la suavizará, humanizará, haciendo que sea una lucha entre hombres, y no una lucha de fieras.

En su respuesta al discurso de Albornoz, el ministro de Instrucción pública, a propósito de lo que el orador dijo acerca del espíritu ateo, y no nacional, de España, puso en duda su patriotismo. Albornoz protestó inmediatamente: «Nosotros radicales, nosotros ultraradicales, hombres de la extrema izquierda, creemos en la Patria, amamos a la Patria; no hay nadie en estos bandos que no ame a la Patria; ninguna representación, por avanzada que ella sea en sentido social. Era un socialista, un insigne socialista alemán, Bebel, quien decía en pleno Reichstag que si la Patria estuviese en peligro, ellos serían los primeros en dar por ella hasta la última gota de su sangre; y era un socialista, gloria de la tribuna francesa y honor de la tribuna latina, Jaurès, era un socialista quien decía que suprimir las patrias será suprimir los potentes focos de luz, para dejarnos abandonados a la obscuridad universal. Nosotros amamos a la Patria con ardor, con entusiasmo; nosotros somos patriotas».

Pero los republicanos españoles son patriotas inquietos, mientras los conservadores españoles están satisfechos y contentos, en la tranquilidad de una vida cómoda. Es por la escuela laica, por los efectos nacionales y emancipadores de la escuela laica, como se calmarán las inquietudes patrióticas de esos republicanos, y como España se rehará moral y materialmente. Ese pueblo que Albornoz muestra oscilando siempre entre la rebelión y la servidumbre, unas veces ingobernable, otras excesiva, abusivamente gobernable, jamás dueño de sí, la escuela laica lo disciplinará, iluminando su espíritu.

Y esa luz, que importa que este laico lo llamo religiosa, si no por eso es menor la verdadera luz de la libertad y de la ciencia, y a despecho de las palabras, a despecho de las fórmulas, el verdadero ideal humano?

La diferencia entre los cláicos españoles y los «laicos» franceses está, pues, más en la forma que en el fondo, y esa diferencia aumenta el encanto de la elocuencia, tan sugestiva, de Albornoz.

A. Aulard.

El mitin de Alicante

Anoche salieron para Alicante los señores Melguindes Alvarez, Galdós, Lamana, Romero, Luis de Zulueta, Moya Gastón, Leopoldo Bejarano, Ballester y Luis Casanueva, con objeto de celebrar el anunciado mitin de propaganda republicana.

El programa organizado por los republicanos alicantinos con motivo de este viaje, se reduce a lo siguiente:
Recibimiento de los oradores con las banderas de todos los Centros y organismos y con las banderas y orfeones republicanos.

A la una de la tarde, gran banquete en el Hotel Samper, y a las tres, celebración del mitin en el Teatro de Verano.

Por la noche se celebrará una función de gala en honor de los ilustres viajeros, en el Teatro Principal, representándose la grandiosa obra *Casandra*.

Mañana lunes saldrán los expedicionarios en tren especial con dirección a Elche, donde celebrarán otro mitin a las once de la mañana, en el Teatro Circo, y donde serán obsequiados con un banquete en un hermoso huerto de palmerales de aquella ciudad.

A las seis de la tarde regresará a Alicante, con objeto de emprender el viaje de retorno a Madrid mañana mismo por la noche.

Como notas interesantes, dignas de hacer resaltar, los que sueñan con divisiones nacidas al calor del odio, los señores constataron que la Juventud Republicana Radical de Alicante tomó el acuerdo de acudir a la estación con bandera y música a recibir a D. Melguindes Alvarez y demás propagandistas.

Y que el mitin de hoy será presidido por nuestro convelegionario el prestigioso republicano radical D. José Guardiola Ortiz.

SENSIBLE DESGRACIA

Carretero muerto

En las obras que para la conducción de aguas se están realizando en El Pardo, ocurrió a última hora de ayer tarde una sensible desgracia, de la que resultó un hombre muerto.

Llámasse éste Gregorio García Fernández, casado, de treinta y siete años. Ayer se hallaba cargando a la puerta del asilo del citado real sitio unos trozos de tubería de hierro, al mismo tiempo que la mula que arrastraba el vehículo hizo un movimiento, cayendo al suelo uno de los trozos, y saliendo el animal espantado a consecuencia del ruido que se produjo al caer el tubo.

El infeliz carretero trató de sujetarla, con tan mala fortuna, que fue arrastrado, pasando por encima del cuerpo una de las ruedas del carruaje.

En aquel momento llegaban a aquel sitio, en automóvil, el reputado abogado López Serrano y el doctor Forn, acudiendo a socorrer al desdichado Gregorio García al darse cuenta de la desgracia ocurrida, conduciéndole en el coche a una casa próxima de la localidad, donde el citado médico, ayudado por el Dr. Pardo, se dispuso a prestarle los primeros auxilios, viéndose que desgraciadamente, eran ya inútiles, porque la víctima acababa de fallecer.



LA APOTEOSIS

Erase un sastrero sencillo, oriundo de Badajoz, que, al probar cierto vinillo, pescó una «curda» feroz. Y echó tan grandes calces el rico mosto al entrar, que el buen sastrero, por narices, se dedicó a conspirar.

—Basta ya de padecer un régimen que me estruja!—dijo.—Lo quiero meter por el ojo de una aguja!

Y, midiendo el pavimento con unas «eses» enormes, se encontró el sastrero a un sargento y ambos quedaron conformes.

—Conspiremos!

—¿Lo juramos?

—¡Lo existente derribemos!

—¡Bebamos antes!

Marcháronse a la cantina y, con la ayuda de Dios, se extendió la «papalina» por los cuerpos de los dos.

Y el sargento, en un momento de lucidez ilusoria, vino a la memoria sus deberes de sargento.

Callóse. Se levantó y dio un formidable traspás y a sus jefes delató al sastrero en un coso por tres.

¡Notición!... ¡Dosa alarmante!

Al buen sastrero se le encierra y un telegrama al instante al ministro de la Guerra.

¡Fiestas, banquetes, contento, y una gratificación y una cruz para el sargento que ahogó la conspiración!

Sacan al «Danton» nefando a los tres días cabales y lo encuentran suspirando por volver a sus dedales.

Le registraron con tino y en el hueco de un rincón... ¡vieron, ya devuelto, el vino que hizo la conspiración!

(He aquí, lector, sin «camama» y dicha en serena voz, la opereta que se llama «El caso de Badajoz».)

Mingo Revulgo.

EN CUARTA PLANA

LOS ESPECTACULOS DEL DIA

Ayuntamiento de Madrid

IMPOTENCIA Y TORPEZA DE LA IGLESIA

Tiene fama la Iglesia: se le reconoce a sus clérigos la nota de aventajada inteligencia, de sutil perspicacia y de profundo saber; éste es tópico tradicional y consagrado; la realidad dista mucho de él.

Puesta a prueba, la Iglesia aparece invulnerablemente vulgar, torpe y rehida con la ciencia. Se ha habido, como es notado, apenas llegan a medianías del montón.

Esta verdad se demostró en Alemania durante la contienda del Kulturkampf; luego en Francia, desde el advenimiento de la tercera República. Igualmente se había hecho bien visible en España desde la francesada, como después durante la época revolucionaria iniciada en 68. Ahora se ha evidenciado más en Francia, en el transcurso de la revolución, y se está exhibiendo aquí en las Cámaras al representar la ridícula comedia *El candidato* que no cierra.

Los menos perspicaces observadores han podido percatarse de que la aptitud eclesiástica, tan decantada, va en rapidísima decadencia, y que nosotros principalmente. Si el famoso obispo de León, el señor Gil-Roldán, Valdegamas y Aparisi, no era Ladrón, Lamennais, Montalembert y De Maistre, el actual obispo de Jaca no es un Montalembert ni un Montalembert; mitras de esa talla o de otra bastante inferior, no las hay en la prelatura española, ni obispos de levita que puedan compararse con Necedal. No existen más que Balmaceda, Salaberría, Peyrolones y un ronfante Meila que, a lo vean, no da más que sofismas de seminarista desahogado y triquiñuelas de rábula vulgar, aderezadas con arriquetes de retórico huero.

La huerte parlamentario-intelectual no presenta el Papa en línea de batalla no puede ostentar mayor ineptitud, y si malamente logra hacer como que peca, debe a que las mentadas alfonsecas le han conseguido de tirar con pólvora sola a balas con aquellas que empleaba Ducaza cuando ejercía de padrino en un duelo, con almuero previamente encargado. ¡Ah, si los liberales dinásticos no se vieran cobizados, la derrota de la Iglesia en el terreno de la mentalidad sería sido ya imponente, definitiva.

En un terreno nada más adecuado bien dotada la secta papista: en el de un egoísmo insuperable y sin ejemplo, y una mala fe que asombra y al mismo tiempo mueve a compasión, ya que no se da sino en los bipedales implumes de más baja condición; ahí no encuentra rival el romanismo; fuera de ese campo, no sabe ni moverse.

Hay algo que, a pesar de cuantos esfuerzos haga por disimularlo, se le conoce a primera vista: la conciencia de su sinrazón, de su inferioridad y de las odiosidades profundas que excita en las masas. Todo obispo, todo ultramontano de batalla, sabe cuán impopular se ha hecho el catolicismo y lo distante que se encuentra de las realidades científicas, de las morales y jurídicas modernas, y de las aspiraciones humanas mundiales.

Luchan convencidos de que sus armas no hieren, de que su causa es abominable, de que militan por ambiciones desmedidas atentas a fines de imposible logro, y de que a ellos y a su amo el Anticristo del Vaticano los hemos conocido y nos los sabemos de memoria.

¿Qué limiten en expresar los verdaderos designios de la Iglesia! Cuántas habilidades y precauciones para velar el absurdo católico, el fondo cenagoso de crueldad egoísta y de avaricia sin freno, que es el alma del papado! Únicamente los bispos del pelotón de torpes, como el obispo de Guadix, se atreven a expresar las groseras realidades de la mente romana.

El fraile—dijo hace poco ese inepto señor—en cuanto se constituye en religioso, deja de ser español, y no es subdito más de la Iglesia; no pertenece a la nación, no es ciudadano, y la potestad civil no puede alcanzarle, entrometiéndose en un orden que no corresponde a la sociedad.

—¡Holá, habrían contestado al punto a su ilustrísima en un Parlamento serio, no dominado por consignas de los conservativos femeninos; con que los monacales no son españoles! ¡Hará su señoría el favor de decirnos cuál es el embajador de su nacionalidad! Porque le necesitamos para notificarle que vamos a expulsarlo.

¡No es nada! ¡Una serie de agrupaciones que, viviendo del dinero de la nación, se pagan su sueldo a ella, desligados de los deberes que al nacional imponen los regidos por leyes especiales que llegan hasta la alta y baja justicia, hasta el tormento y la muerte, sin responsabilidad alguna en los legisladores y en los ejecutores, como no sea ante un viejo extranjero, irresponsable en absoluto y que está fuera de todo derecho!

Eso pretende la Iglesia; pero no se atreve ningún campeón suyo a formular tan escuetamente, por tener conciencia de que no hay Estado alguno, ni esta pobre y envilecida España, que pueda tolerar monstruosidad semejante, fundada en fantasías y cábalas religiosas sin valor alguno en la realidad de la vida de los pueblos.

En el Congreso están dando los nuevos pontificios cuantos ejemplos de pequeñez mental pudieran apocrear los liberales. Ni que se hubieran propuesto probar que no hay un átomo de razón en su causa, ni es posible mantenerla con la verdad, sino con argucias infantiles, lo habrían hecho peor. Es deplorable que no le permitan a la alfonseca atacar de firme, disparando balara; pobres, pobres entonces!

Con todo, hay una cosa evidente, además de la sinrazón: la debilidad caduca del papado, que no guerra más que aquí, donde no le hostilizan; mientras en Francia tiene que humillarse; en Portugal gestiona, resignado, el arreglo que sea factible, y en todo el mundo acepta estados de cosas tales, que la realización del programa político más radical en España se quedaría en mantillas.

¡Pobrecito! Según han dicho aquí torpemente los integristas, impugnadores tradicionales del mal menor, apena con todo eso, y mucho más que hubiera, por evitar mayores males; es decir, practicando la teoría del mal menor, que el propio condena y manda reprobar a todo trance. Lo mismo haría con nosotros si el Estado no fuera débil a causa de la diátesis divina.

En suma: que el papado y su catolicismo carecen de fuerza real en la masa española, en la opinión, en las clases directoras, en el clero, en los

